

Homilías 2006, Mons. Antonio Moreno Casamitjana,
Ediciones UCSC, Concepción 2017, 297 pp.¹

Mons. Tomislav Koljatic

Obispo de la Diócesis de Linares, Chile

Queridos amigos:

Quisiera expresar mi profunda gratitud por el gran honor que me han concedido de presentar esta obra que recoge Homilías de Mons. Moreno durante el año 2006, textos que fueron cuidadosamente seleccionados, ordenados, corregidos y subrayados por Monseñor en sus últimos años vividos en la Casa del Clero de Concepción.

He aceptado hacer esta presentación con enorme gusto y gratitud, para aportar un grano de arena en la construcción de la memoria de quien fuera un Pastor con olor a ovejas, que sirvió a esta arquidiócesis con pasión, fidelidad y generosidad ejemplares por un lapso de 17 años.

Mi aporte quisiera ser la de un testigo, es decir, “la de alguien que ha presenciado o ha adquirido directo y verdadero conocimiento de algo”, en este caso de la vida, personalidad y hondura espiritual de Mons. Moreno.

Dios me regaló el inmenso privilegio de estar junto a él durante 5 años como uno de sus obispos auxiliares, junto a Mons. Felipe Bacarreza, desde el año 1998 hasta el 2003.

En esos intensos y más juveniles años, pude compartir casi a diario con Mons. Moreno en múltiples reuniones, charlas, visitas pastorales y, sobre todo, conversaciones personales. En tales circunstancias le escuché también decenas de homilías, muchas de las cuales eran motivos de largos intercambios de regreso a la Casa del Clero.

¹ Esta presentación se realizó, en el Auditorio Santa Teresa de Ávila de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, el 22 de noviembre de 2017.

Durante esos felices años pude conocer de más cerca al ser humano y al teólogo, pero, en especial, al pastor y hombre de Dios que fue don Antonio.

En esta exposición iré intercalando recuerdos y reflexiones, al paso de las distintas etapas de su vida, para intentar conocer más en lo profundo las raíces del pensamiento teológico y espiritual de Mons. Moreno, desde donde brotan las homilías que hoy presentamos, y que, reitero, son un reflejo imperecedero de su ser más íntimo, de su rica interioridad y espiritualidad.

Quisiera postular desde el inicio de esta presentación que don Antonio tuvo una pasión dominante, una razón de su quehacer y su vivir, que lo iluminó, lo guió, lo confortó a lo largo de toda su extensa y fecunda vida, cual fue su pasión por buscar la verdad, verdad que, habiéndola encontrado en las Sagradas Escrituras, procuró vivirla personalmente como camino hacia Dios y predicarla como ofrenda de servicio a los hermanos en la Iglesia.

En este sentido, esta colección de homilías y declaraciones de su último año como Arzobispo de Concepción es un documento precioso para entrar en el alma ya plenamente madura espiritual y humana de don Antonio Moreno y para comprender cuanto influyó en él su amor a la Verdad, que es una verdadera clave de lectura para comprender su vida entera.

1. Su familia y niñez

Su vida fue la de un creyente que desde muy niño experimentó el amor misericordioso del Señor y que sintió el llamado de Dios en su vida, en el entorno de su religiosa familia de inmigrantes españoles, junto a sus 4 hermanos.

Su vocación sacerdotal brotó y creció en los años de adolescencia, bajo el testimonio de los Hermanos Maristas en el Colegio Instituto Cervantes de Santiago, a los cuales siempre les guardó profunda gratitud por la educación de excelencia que allí recibió, particularmente en la piedad y en el catecismo. Allí aprendió a conocer y a amar con devoción varonil, sincera y profunda a la Madre de Dios. Junto a esos maestros de la fe de su niñez adquirió su hábito de rezar el rosario diariamente, costumbre que no abandonó jamás, y que en la madurez de su vida oraba al volver de sus apostolados o en su capilla en la oración de la noche.

Don Antonio recordaba con cariño el catecismo diario que recibió en

las aulas de su colegio, entregándole las primeras certezas de la fe y conocimientos de la doctrina que durante toda su larga vida iría profundizando de rodillas delante del Señor y en sus incontables horas de lectura, estudio y reflexión, sabiduría que entregó a manos llenas en sus homilias que hoy presentamos.

Por su natural fue un hombre de disciplina, esfuerzo y espíritu de superación. Estas características se apoyaron también en su fortaleza física que hizo de él un hombre de carácter recio, amante de la naturaleza y de las largas caminatas e incluso ascensiones a las montañas.

Así, famosos fueron sus ascensos a las cumbres que gozaba en relatar en sus largas y amenas conversaciones. En este campo su máximo logro fue haber hecho cumbre en el Aconcagua con algunos amigos montañistas, en esos años en que no había grandes equipos ni apoyos especializados ni tecnológicos. En realidad, estas excursiones se hacían con ropa deportiva de la época, sin ninguna sofisticación especial. Guardaba los mejores recuerdos de esos días de encuentro profundo con el Creador en la contemplación de las cumbres de la cordillera, y de los cielos plenos de estrellas en las noches de vigiliass del campamento.

Esas mismas condiciones físicas fueron las que le permitieron recorrer a pie durante largas jornadas los valles y montañas de Israel, cuando tuvo la oportunidad de profundizar sus estudios bíblicos en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Muchas veces relató esa excursión en moto junto a un compañero de estudios por los cerros de Palestina en la que estuvo a punto de morir fusilado a manos de unos soldados árabes que sospechaban que era un espía. Y la verdad es que pasaron el susto de sus vidas, ya que ellas pendían de la buena voluntad del improvisado jefe de esos soldados. Se salvó simplemente porque Dios no lo permitió ya que todavía no había llegado su hora de partir de este mundo. Pero, como decía, estuvo cerca.

A modo de anécdota agrego también el episodio que le escuché una vez en que, estando en el colegio, habían ido junto a un grupo de compañeros de curso a Viña por el día en bicicleta desde Santiago. Pero, no solo eso, como quería comulgar en la Misa de 12:00 horas del Santuario de Lo Vásquez, partió sin tomar desayuno, es decir, en ayunas. Eso significó que a media mañana se desmayó por la fatiga del esfuerzo. Pero al rato, siguió su cometido y llegaron con el grupo a Viña.

2. El Seminario

Ya egresado del 6° Humanidades, entró al Seminario Pontificio de Santiago, donde muy pronto se destacó por sus dotes naturales, humanas, intelectuales y espirituales.

Un día le pregunté por qué había elegido perfeccionarse en la Sagrada Escritura. Pensó un momento y me contó que en una oportunidad, estando ya en los últimos años de Teología en Seminario, su rector le pidió que hiciera la Clase Magistral al comenzar el Año Académico, honor reservado a uno de los mejores alumnos del Seminario.

Y que le sugirió que presentará una exposición sobre un tema bíblico (que ahora no recuerdo cuál fue). Como lo hizo muy bien, sus maestros lo alentaron a que siguiera adelante perfeccionándose en el estudio de la Biblia, cosa que así hizo obedientemente. De este modo, su pasión por la verdad encontró un cauce magnífico para orientar los talentos que el Señor generosamente le había regalado para bien de la Iglesia.

3. El profesor

Recién ordenado sacerdote fue enviado a Roma a perfeccionar sus estudios en el Pontificio Instituto Bíblico. Mons. Casanueva, Rector de la Universidad Católica, conociendo sus cualidades, le animaba a especializarse en el Verbo Encarnado, tal como se llamaba en esos tiempos a la Cristología. Pero el Señor quiso que este anhelo se encauzara a través del estudio de la ciencia bíblica, en la cual llegaría a ser un muy destacado exponente, miembro de la Comisión Bíblica Internacional por varios periodos, organismo dependiente de la Santa Sede. Ciertamente esta dimensión fue ampliamente conocida y reconocida por todos.

Don Antonio fue un gran intelectual, estudioso infatigable, erudito en las ciencias teológicas y bíblicas. Desarrolló su larga vida académica en su querida Facultad de Teología de la PUC, su alma mater, donde alcanzó el grado de Profesor Titular y Decano.

La riqueza de su personalidad, su dedicación infatigable a la búsqueda de la verdad en amplios ámbitos del conocimiento, la calidad de su re-

flexión filosófico-teológica y su prestigio a nivel internacional le valieron ser reconocido con el Doctorado Honoris Causa de esa Casa de Estudios.

Su alma de profesor, marcada por el amor a la verdad, marcó todas las dimensiones de su vida, también su servicio sacerdotal y episcopal. Las homilías recopiladas en este texto son reflejo de ese amor a la verdad contenidas en las Escrituras, las Escrituras que fueron pasión dominante en la vida de este querido pastor. Preparaba cuidadosamente sus clases así como sus homilías, dedicando largas horas a su elaboración y corrección.

Siempre exigente con los demás, lo fue en primer lugar consigo mismo. Su rutina diaria comenzaba muy temprano en la mañana en su oración personal en su capilla. Luego de un frugal desayuno, partía a pie al obispado puntualmente a las 9:00 de la mañana, dedicando largas horas a la atención de las personas que le pedían audiencias, a responder la extensa correspondencia y a los otros deberes y oficios propios de su labor.

Con celo fiel e incansable por su amor a la Iglesia y el bien de sus fieles, su tiempo transcurría entre las visitas a las parroquias y comunidades, las reuniones de pastoral, las clases del Seminario, bendiciones y compromisos protocolares, labores que siempre cumplía puntualmente y no pocas veces con gran exigencia de trabajo. Sin embargo, esta pesada carga pastoral no era una excusa para abandonar o postergar aquello que era la pasión de su vida: el estudio y la búsqueda de la verdad contenida en la Palabra de Dios, esa Verdad que no era otra que Cristo mismo, quien solemnemente proclamó en el Evangelio: “Yo soy la verdad”.

Soy testigo de que siempre que estaba en casa, a partir de las 22:00 horas don Antonio tomaba fielmente sus libros y se dedicaba al estudio hasta pasada la medianoche. En esas horas de tranquilidad y de silencio, estudiaba y escribía sus homilías, éstas que ahora tienen en sus manos. Eran homilías escritas a mano, en el reverso de las cartas que le llegaban por correo, en que con su lápiz a pasta negro corregía una y otra vez, y que su fiel secretaria, la Sra. Sonia, le pasaba en el computador para la última corrección. No fue inhabitual que después de proclamar la homilía en la Misa respectiva, él la seguía corrigiendo para guardarla mejorada aún más.

Para Mons. Moreno la predicación era un deber de primera magnitud. Todas las homilías importantes las preparaba largamente. Y también las que no eran tan solemnes.

Recuerdo un domingo en el que, en el habitual almuerzo junto a los residentes de la Casa del Clero y las religiosas Pías Discípulas que llevaban la casa, le pregunté cómo se sentía. Y sorprendentemente contestó que estaba cansado. Al inquirir el porqué, él contestó: “Lo que ocurre es que ayer sábado tuve que ir a la Parroquia de Yumbel a la Misa de las 20:00 horas y solo pude regresar muy tarde”, después de la cena que la comunidad le había preparado por sus 50 años de sacerdocio, por lo que había llegado a su casa después de las 2 de la mañana. Y, según él, como no había tenido tiempo para preparar la homilía de la Misa de las 8:30 horas en las Siervas de Jesús que se transmitía todos los domingos por Radio María Inmaculada, se puso a prepararla a esa hora. No le pregunté a qué hora había terminado esa preparación.

El Pastor

Pero si hubiera que definir más plenamente a don Antonio habría que decir que fue un pastor a carta cabal. Su pasión por “anunciar la Verdad”, que fue el lema de su episcopado, como sabemos, no era menor que su pasión por estar con la gente largamente. Su agenda estaba repleta de compromisos pastorales y jamás se negaba a ir a una comunidad, por lejana o pequeña que fuese.

Tuve la alegría y el privilegio de haberlo acompañado muchas veces a las reuniones de las Visitas Pastorales a las parroquias. Dedicaba al menos una semana completa a cada parroquia, y si era necesario dos semanas, visitando no solo su Consejo Pastoral sino muchas de sus capillas. A pesar de sus múltiples compromisos, siempre se hizo tiempo para ir casi todos los días de la semana a esa parroquia, e incluso trataba de asistir a las reuniones de las mamás de la Catequesis familiar, no para dar el tema sino para estar con la gente y conocer personalmente cómo funcionaba esa catequesis en esa comunidad.

Él vivía lo que el Papa Francisco hoy nos pide tan insistentemente a los consagrados: ser pastores con olor a ovejas, “dejen que los fieles toquen a su pastor”, nos decía en febrero, en Roma, en la Visita Ad Limina. Así, su mayor gozo era ir a las comunidades, escuchar a los fieles, compartir una

taza de té, conocer sus inquietudes, animarlos en la fe, entregarles su testimonio y su vida.

Era extremadamente pobre en su vida cotidiana. En razón de sus deberes en la Conferencia Episcopal debía viajar a Santiago mensualmente, lo que realizaba en bus ida y vuelta en dos noches seguidas. Al llegar de madrugada, se iba de inmediato a la oficina a atender sus deberes en la curia.

Absolutamente despreocupado de sus necesidades materiales, vivía una pobreza real, auténtica, libre de lo material para dedicarse a lo esencial. De allí que hasta que fue nombrado Obispo Auxiliar de Santiago, a sus 62 años, solo andaba en micro o en su famosa moto WMW. A esa edad aprendió a manejar en auto. Nunca antes lo había hecho porque no lo necesitaba.

Su pasión por anunciar el Reino de Dios hizo de él un misionero infatigable. Siendo ya un experimentado y afamado profesor de teología en la Facultad de Teología en Santiago, buscando servir mejor al Señor y a la Iglesia, decidió dedicar la mitad del año a la academia y la otra mitad a ser párroco de su querido Rolecha, en la arquidiócesis de P. Montt.

Conocidas son sus anécdotas que le gustaba contar en las largas conversaciones con grupos de fieles, seminaristas u otras personas. Entre ellas, cuando, de camino a unas primeras comuniones a un lejano villorrio, se cayó de su cabalgadura. Sintió que su vida llegaba a su término y después de hacer un examen de conciencia esperó la llegada de la muerte acostado en el suelo donde había caído. Al pasar una hora, al ver que se podía levantar, con mucho dolor se subió a su cabalgadura y continuó su viaje a celebrar las primeras comuniones. Al llegar tres días después al hospital de Puerto Montt la radiografía mostró que tenía varias costillas quebradas.

A nadie le extrañó que al ser arzobispo de la Santísima Concepción una de sus alegrías más esperadas eran las misiones de invierno y de verano con los seminaristas, en el extremo sur de la provincia de Arauco. Allí se internaba durante una semana, sin teléfonos, como uno más de los misioneros para llevar el mensaje del Señor puerta a puerta, con lluvias, barro y frío, y las incomodidades propias de esas misiones. Algunos de ustedes fueron testigos de esto, ejemplo que marcó a tantos y tantos sacerdotes de hoy.

Sus vacaciones de verano consistían en irse con su mochila a alguna de las capillas de la Parroquia de Cañete, y salir todos los días a visitar a los vecinos sin mayor esquema que la disponibilidad a lo que la Providencia le regalara.

De hecho me lo recomendó a mí que lo hiciera también alguna vez en vacaciones, señalándome los lugares que sería mejor por su abandono pastoral ante la ausencia de sacerdotes.

En fin, me he detenido en algunas anécdotas y otras reflexiones que pueden ayudarnos a ver en estas homilías una ventana abierta para descubrir al hombre, al creyente, al discípulo y al pastor cuya única pasión era anunciar la verdad de Cristo y su Reino.

Su pasión por anunciar el Evangelio, la Verdad del Señor, se extendió también a través de la radio María Inmaculada. En forma casi heroica, semanalmente grababa un comentario a los libros del Antiguo Testamento, en diálogo con el P. Ramón Ángel Jara.

Muchas veces lo vi partir a los estudios de la radio muy tarde en la noche, entre reunión y reunión, o después de almuerzo, para grabar el comentario que era urgente tener para ese día. Dios quiera que esas grabaciones no se hayan extraviado, ya que son un tesoro de sabiduría y catequesis.

Comentario al texto de las Homilías

Entrando en los textos escogidos, podemos ver con mucha facilidad el núcleo central de todas sus homilías, que no es otro que la Palabra de Dios. Con sabiduría y competencia, sus homilías parten del texto sagrado, se desarrollan y explican a la luz de otros textos bíblicos, y entregan el mensaje de vida a los fieles sin ambigüedades ni concesiones.

A partir del texto proclamado, don Antonio lo explica, lo relaciona, y saca las conclusiones para nuestra vida, a la luz de otros textos bíblicos y de las verdades fundamentales de la fe. Después de esta ambientación desde la Palabra de Dios su predicación aterrizaba en los temas debatidos del momento, matrimonio, aborto, secularismo, fe, Iglesia, justicia, solidaridad, amor a los pobres, etc. En todo esto, su único anhelo era anunciar la verdad del Evangelio y la de Jesús el Salvador, con toda su sabiduría y desde el testimonio de su propia vida. En estas homilías podemos constatar el fecundo diálogo entre el misterio de la fe celebrado cada domingo y la Palabra del Pastor que alimenta a sus hijos con su sabiduría.

Debo agregar también, y ustedes serán mejores jueces que yo en este punto, que me parece que en la revisión personal que hizo don Antonio de

sus homilías, las recortó drásticamente. No tengo elementos para afirmarlo definitivamente, ya que no estaba aquí en ese año 2006, pero es posible pensar que él quiso dejar solo lo esencial, sacando aquello que no era tal. De ser así, se perdió una parte importante de su estilo homilético, que estará más presente en otros años anteriores no corregidos por él.

Quisiera destacar igualmente, aunque sea de paso, que en sus homilías impresiona su humildad y nulo afán de lucimiento personal, ya que sabio y erudito como pocos, no encontraremos otra cita ni opinión alguna que no sea la de la misma Palabra de Dios.

Aprovecho este momento tan significativo para poner de relieve la enorme preocupación que siempre cultivó Mons. Moreno por el decoro y excelencia de la celebración de la Eucaristía, de la cual la Liturgia de la Palabra forma parte esencial. Y en esto también hay un reflejo de su amor por la verdad, que debe ser transmitida en el esplendor de la belleza litúrgica. Una de las múltiples huellas por su paso por esta Iglesia particular fue el inculcar el amor por la liturgia y su celebración con dignidad, competencia y dedicación. Soy testigo de numerosos grupos de fieles que semanalmente se reunían a preparar las lecturas del domingo, motivados por la permanente preocupación de don Antonio en la dignidad de la proclamación de la Palabra en la Eucaristía.

No puedo dejar de felicitar a los editores y responsables aquí presentes de esta cuidada edición –todos ellos profesores del Instituto de Teología de esta Casa de Estudios fundada por Mons. Moreno–, por el acierto de haber reunido en un solo volumen el año litúrgico completo del Ciclo B, junto a las principales fiestas litúrgicas del Corpus Christi, Pentecostés, la Ascensión del Señor, la Transfiguración, entre otras, y las solemnidades de María Inmaculada, la Madre de Dios, tan amada por Mons. Moreno y los fieles de esta arquidiócesis que lleva su nombre bendito. Así también se incluyen las homilías de los domingos de los tiempos litúrgicos fuertes, como son el Adviento como preparación al nacimiento del Salvador, la Cuaresma como preparación al Triduo Pascual y finalmente el tiempo Pascual en el gozo del triunfo del Señor resucitado.

En el análisis más profundo de estas homilías, y aprovechando el Índice de Materias, podemos constatar que la palabra más citada en estas 252 páginas es la palabra **Dios**: 186 veces.

Luego aparecen los diferentes títulos del Hijo de Dios: Jesús:149 ve-

ces, Cristo: 136 veces, Hijo: 72, Señor:44, Mesías: 25, Salvador:15 veces. En total: 441 veces, es decir, en promedio dos veces por página la figura del Señor en alguno de sus nombres o títulos.

La voz **Padre** aparece 64 veces, **Espíritu Santo** 53 y **espíritu** 40.

Si sumamos hasta aquí estos conceptos, es decir, Dios, Padre, los Nombres de Jesús y Espíritu Santo, tenemos entonces 784 citas, lo que nos permite decir que, en promedio, estos conceptos aparecen casi 4 veces por página en esta obra. Esto nos habla de la impresionante centralidad de Dios en la predicación de Mons. Moreno. Esta era su pasión, anunciar la verdad de Dios.

Pero este Dios ha entrado en nuestra historia. Este Dios toca, bendice, ilumina, transforma nuestra vida.

Así, en cuarto lugar, aparece el concepto **Vida** 164 veces y **hombre** 120 veces (284 veces). Una cita por página, en promedio.

Luego el **amor** 82 veces y **caridad** 18 veces, justo 100 apariciones.

Apóstol 61 y **Discípulo** 64, que suman 125 veces.

Verdad 88, **Iglesia** 72, **Misión** 50 veces.

Finalmente, **María** 36 y **Madre** 24. Total: 60 veces.

Como se ve, su predicación se centra en las Personas Divinas (784 veces) y su acción sobre la vida del hombre (284 veces) y los conceptos más eclesiales, Apóstol, discípulo, Iglesia, Misión, Madre y María suman 307 veces.

Si a veces fue fuerte y combativo en sus posiciones, como lo reflejan algunas de las declaraciones públicas recogidas en este volumen, fue por su absoluta convicción que ese era el deber del Pastor defender a las ovejas del rebaño del error, de la mentira, de la ignorancia y, en definitiva, de las acechanzas del demonio. Nunca le importó defender causas impopulares, políticamente incorrectas, como la defensa de la vida, del matrimonio, de las causas de la dignidad humana, por su convicción irrenunciable que ese era su deber y que su palabra se apoyaba en la Palabra, la de Dios en la Sagrada Escritura.

Lo mismo podríamos decir de su amor a la Iglesia. La amó fiel y lealmente, con humildad y obediencia. Ciertamente dejar su teología y sus clases no fueron para él un paso sin dolor ni cruz. Lo aceptó en la seguridad de que era la voluntad el Señor manifestado en la decisión del Papa.

A este respecto, cabe señalar su ejemplar e incólume adhesión al Santo

Padre, a su persona y a su Magisterio, que no admitía componendas o ambigüedades.

Voy concluyendo esta presentación con el hermoso testimonio de Mons. Bernardino Piñera, quien en sus *Bocetos* de los obispos chilenos que le tocó conocer personalmente, dice:

Nadie en Chile sabe más que él en materia de S. Escritura... Capellán de capillas pobres, sobrio, austero, predicador del Evangelio “sin glosa”, con la palabra y el testimonio de una vida transparente. Un hombre simple, justo, de buena clase, sin diplomacia, sin intrigas, una especie de profeta de la Biblia, incontaminado por el smog de una cultura decadente, para quien sí es sí, no es no.

El profesor y el misionero se unieron para crear un pastor atípico, nuevo, inédito, que mira a su Iglesia con ojos nuevos, tal vez con los ojos de Cristo.

A modo de conclusión

Mons. Moreno no solo estudió, conoció, saboreó las Escrituras, sino que vivió desde las Escrituras. Su vida era un reflejo de lo que leía, estudiaba y meditaba diariamente en la Santa Biblia. Sobre esta roca construyó su casa: la roca de la verdad contenida en las Sagradas Escrituras, esa verdad que nos hace libres y que no es otra que la Persona de Jesús, el Hijo de Dios, el Hijo de María.

Si me permiten terminar con un hermoso texto del Papa Benedicto en “Deus Caritas est”, donde al referirse a la Madre de Dios que, guardando las distancias, puede aplicarse también a la vida de don Antonio.

Dice el Papa:

María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es “humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. *Lc* 1, 38. 48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel,

el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas. Es una mujer de fe: «¡Dichosa tú, que has creído!», le dice Isabel (*Lc 1, 45*). El *Magnificat* –un retrato de su alma, por decirlo así– está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.

Gracias por la invitación y les deseo que en la lectura de este primer volumen de las Homilias puedan dejarse conducir por este Pastor humilde y generoso por los caminos de la verdad, el servicio y el amor.